

EL ATENEO LOROQUINO.

REVISTA CIENTIFICA, LITERARIA Y DE BELLAS ARTES.



AÑO II.

LORCA 1.º DE NOVIEMBRE DE 1872.

NUM. XVI.

SUMARIO. *Apuntes sobre la música y demás bellas artes en general*, VI. Amor, por D. E. PRREZ DE TUDELA. *Cartas cantan, poesía*, por D. JOSÉ SELGAS. *Estudio sobre el estado filosófico-moral de la sociedad presente II*, por S. POFSPER. *La Vida, poesía*, por D. AGUSTIN FERNANDO DE LA SERNA. *Mi primer amor. (Fragmentos de mis memorias.) Fragmento primero*, por D. C. B. R. *En un album, poesía*, por D. E. S. P. DE M. Suelto.

APUNTES SOBRE LA MÚSICA Y DEMÁS BELLAS ARTES EN GENERAL.

Amor.

VI.

No es el amor que anhela la posesion de un objeto ó el amor de lo útil, ni el amor solo sensacion el que ha de ocuparnos en estos apuntes. No vamos á inspirarnos en los misterios de la Vénus griega, pues no llenan nuestro corazon la voluptuosidad de sus encantos, ni las gracias que atesora bajo su ceñidor. Los sueños que abrasan el alma, la fiebre del deseo, la pasion que no se harta, si amor fueran, no es el que buscamos; ni tampoco aquel otro amor exigente, con ceño de egoismo, que desespera de orgullo, ó bien de semblante candoroso, que engaña deleitando. Dejemos á un lado todas esas pequeñas pasiones, chispas fugaces, quizá, de algun amor más profundo, más generador, y que abandonadas á su impulso ciego, con sus desórdenes y travesuras solo entretienen lastimosamente nuestros sentimientos. El amor de que vamos á hablar no sensualiza, no entrafia pasiones funestas; al contrario, sentimentaliza, hermosa los afectos, vivificándolos é impulsándolos á un fin eterno y absoluto; abarca en su vivo deseo todo el tiempo y todo el espacio; sonríe al dolor, llora al placer y vive para el arte esculpiendo, pintando ó cantando su última aspiracion.

Manifiéstanse en la naturaleza íntima del ser humano dos hechos que lo impelen hacia el cumplimiento de sus diversos fines: el primero es una fuerza misteriosa, un movimiento del alma por el que atrae á sí los objetos y las ideas: el segundo es el consentimiento natural por el que asiente á su necesario desarrollo. Aquella fuerza es la actividad del deseo; es sentir: este consentimiento es la fé; es creer.

Pues bien; cuando estos dos fenómenos de nuestra sensibilidad se unen, cuando *se siente con fé*, con esa fé armonizadora de la inteligencia y el corazon, luz de la verdad artística, como en otro orden es luz de la verdad religiosa, entonces el alma adquiere un nuevo poder, una fuerza reveladora: esta es el amor — El arte tiene tambien su revelacion: la revelacion de la belleza que el mismo génio solo consigue alcanzar por medio del amor — Amor es la palabra, el concepto que en su sentido más elevado lo reúne todo: actividad del deseo y fé, fuerza y pasion; reúne, en fin, todos los impulsos que han de realizar el milagro de la concepcion artística.

Es, pues, amor la actividad y la fé aspirando constantemente hacia la belleza eterna: sentimiento purísimo; esfluvio de armónicos deseos que brotan del corazon al contacto de la belleza universal con nuestro espíritu. Su manifestacion más sencilla es la simpatia, primera gracia que Dios concede á nuestra sensibilidad, emocion dulce y vaga, ménos ardiente y que lleva en sí la idea y el objeto aun envueltos en la bruma de la belleza. Pero esa emocion es magnética, recorre todo el ser y embriaga la imaginacion y los sentimientos de afecciones más fuertes; exalta el ánimo, y admiramos y nos entusiasmos. La admiracion y el entusiasmo es la última etapa del amor; es la vida en toda su plenitud, la mayor y la mejor vida posible, que á veces rebosa y corre hacia la eternidad, rompiendo el estrecho vaso material que la contiene en este mundo. Este es el amor en su más elevado fin, en su acepcion artística; esta es su fórmula, fórmula que se siente mejor que se explica y que no me es posible razonarla de otro modo. Quizá no seria impertinente al asunto de que se trata, decir que la mujer es la depositaria más fiel de esta fórmula en toda su pureza; ella posee solo en la sonrisa un porvenir de amor, una inspiracion en su corazon, un arte, en fin, completo en su fuerza imaginativa y en el calor de sus sentimientos.

Este amor que acepta la belleza del mundo sensible y moral para acercarse por medio del arte á Dios, belleza infinita, es el resorte por el cual todas las fuentes del sentimiento se derraman en el corazon; es fuerza impulsiva, como palanca que apoyada en la inteligencia mueve el mundo de nuestras aspiraciones; es calor del alma. Y he ahí por qué es necesario amar para ser artistas, es decir, avivar en nuestro pecho ese calor que da la llama del génio é incuba la produccion, pudiendo decirse que tanto bueno se ha producido cuanto mucho más se haya amado

No hay más que amar para vencer las dificultades de un arte; no hay más que amar para hacer ligero el trabajo y dulce el dolor. Con alas de amor se traspone las barreras de la materia; con el fuego santo del amor se templó la frialdad de los razonamientos.

No amamos lo fácil: porque necesitamos del amor para luchar y vencer. Amamos lo difícil; pero es fácil amar. Reparad bien en esto que parece antitético. Es fácil amar, porque el amor, tónica de la escala de los sentimientos, es la primera nota que suena en el corazón. La naturaleza es la mano de Dios que la hace vibrar. Basta, pues, no rehusar la pulsación Divina y escucharnos en nuestro interior, para que nuestra alma se desenvuelva en una aspiración armónica y completa. Es además casi un instinto buscar esa armonización que embellece el pensamiento, que eleva el espíritu y que hace modular nuestro estado actual á otro estado desconocido. Es un instinto tomar vida artística en ese fuego sagrado que, poniendo en actividad todas las fuerzas que crean, secunda y regenera el arte; pues aquel calor, chispa divina, que desarrolla el germen de la inspiración no es más que amor; amor que se deja sentir pronto, porque, como ya hemos dicho, su llama se enciende en el corazón al contacto de la belleza universal. Por eso el artista busca las impresiones, pues cada impresión es como el choque en el alma de una belleza nueva, son todas gotas de amor que colman un deseo; por eso anhela la variedad y los contrastes que mueven el ánimo y lo excitan á un amor productivo y santo. Y ama, pues, espontáneamente, como ley que es del corazón, necesaria para el desarrollo de los sentimientos; ama también sin esfuerzo: no de otro modo se concibe el amor, que el esfuerzo está en el trabajo empleado para ponerse en comunicación con el objeto predilecto, en llegar á más altas cosas, ó en rechazar lo que no es digno de ser amado. La lucha es de la inteligencia; pertenece al discernimiento de lo mejor ó lo peor; no al corazón, que es el santuario donde se alimenta y guarda la llama que ha de impulsar la actividad, que ha de enardecer la fantasía, que ha de vivificar la idea. Resumiendo: queremos amar lo que más cuesta, lo más difícil — que á veces suele ser la sencillez — pero el amor se hace fácil concretado en un atractivo: en el atractivo armónico de la verdad, de la bondad y de la belleza.

Hemos dicho ya que si las bellezas del orden físico no son de la generalidad bien conocidas, es porque no todos buscamos la naturaleza, no hablamos á solas con ella. Pues bien, del mismo modo que en la soledad nuestra alma, libre de las preocupaciones del mundo, se inunda del resplandor de la verdadera belleza; así también nuestro corazón abierto á todas las impresiones se llena de un amor vigoroso y fecundante. Entonces viene á ser el amor como aire purificador de los deseos y de las pasiones, respiración del alma, que alienta la existencia en esta vida. Parece que allí los poros de nuestra carne se dilatan para dejar penetrar en lo interior todos los sentimientos, todo el perfume, todo el éxtasis de que está empapada la creación Divina. En ese misterioso y vago silencio en que calla el hombre y habla la naturaleza, nos trae amor la ola que murmura, el huracán que gime, la nube que corre, la hoja que palpita, el céfiro que besa, la flor que tiembla, el perfume que embriaga, el follaje que suspira, la luz y la sombra, el

espacio y el tiempo, el espíritu de Dios que descende á nuestro espíritu impregnándolo de su misma belleza y de su mismo amor, de la belleza y del amor eterno. No sé si se ha dicho que la soledad es el punto de cita de las almas enamoradas; más es lo cierto que el artista, amante de la belleza absoluta, acude á esa cita á renovar sus esperanzas; acude á la naturaleza, lugar de la inspiración, donde está el foco de luz y calor del arte.

El universo entero es el soplo del amor divino: amor es la fuerza que obra en la materia sin organizar, la vida que anima á los vegetales, la embrionaria sensibilidad del bruto; amor es la esencia de nuestra alma, fuerza del sentimiento que, abrazando la vida humana en todas sus fases, entra como agente maravilloso en sus más sublimes manifestaciones. Nosotros también en nuestro pequeño mundo hacemos fructificar el amor; pues él es la constancia en el hombre de ciencia, la piedad en el hombre religioso, el sacrificio en la caridad, él es el motor del progreso humano. Pero como lo hemos de considerar tan solo como el medio generador y ordenador del arte, nos concretaremos á la cuestión enumerando, aunque á grandes rasgos, algunas de sus cualidades que creemos que con él tienen muy marcada relación: veamos.

No es posible fingir ó crear sin sentimiento natural una obra verdaderamente bella y apasionada, porque es menester amar para sentir lo bello y apasionarse; y el amor no es ficción, como no es ficción el calor que nos da la vida. El sentimiento falso — mejor llamado amaneramiento — no es fruto del genio, ni lo produce el amor, que el amor — aspiración á la belleza — no simula el entusiasmo, ni puede en este punto engañarnos: el amor es, pues, origen de la *sinceridad artística*.

La fatuidad del artista es señal de pobreza de pensamientos, de estrechez de miras, de aspiraciones pequeñas, puesto que de vanidad se satisface entonces el corazón. El fatuo no es amante del arte; á lo más es el pretendiente de un aplauso; se idolatra á sí mismo, y no ama, porque el amor no es fatuidad, ni soberbia: el amor da origen á la *humildad artística*.

Los grandes hechos del arte entrañan una relación de bondad y belleza entre Dios y el hombre; pero Dios se asocia con más intimidad á nuestras obras cuanto más limpias de pasiones bastardas se hallen, cuando un deseo noble las impulsa, cuando la verdad de sentimiento las alienta: y he aquí el amor que también es origen de la *pureza artística*.

Siendo además, el amor actividad, según dejamos dicho, es origen de la producción, pues la visión en el alma del tipo bello tiende por el amor á complementar en nuestro ser sus ideales aspiraciones, es decir; activa el deseo, produciendo la concepción artística.

El amor, por último, elevando el espíritu á un objeto de belleza eterna, es sentimiento de adoración que tiene su culto: el arte, cuyo dogma es la belleza.

Donde hay amor hay belleza. En efecto: no se ama nunca lo feo. Si nos inclinamos á algún objeto defectuoso es porque en él se encuentra una capacidad de perfección que podemos llenar con nuestra alma; es porque tras el velo de apariencia vislumbramos una belleza que nos atrae, algo digno de asimilarnos por el amor, pues lo bello y aun lo simplemente agradable no se nos manifiesta siempre á primera vista, sino que corresponde, quizá preferentemente á lo interno de

las cosas; en el fondo de estas, como en el de las acciones se suelen encontrar preciosidades que solo el amor descubre y arrebatada para darles realizacion artistica. No amamos el arte sino por la belleza que atesora, que por ser ésta su objeto, en todas partes se desea y es tan universalmente amado. El arte que se vende, que solo pide el salario — el materialismo — ó el arte sensual, que solo se inspira en vicio — el sensualismo — revistiéndose de ciertos efectos deslumbra á las medianas; pero no despierta el entusiasmo, ni pasa al fondo del corazon: éste no es el arte que se ama.

Aquel, cuyo objeto es dar vida y nueva encarnacion á la belleza natural, es el que necesita para su desarrollo de toda la fuerza de nuestro amor. Mas ¡ay! que nuestro amor no suele ser correspondido. A imitacion del amante que llora el desden de la ingrata adorada, el artista parece que sufre el desvio de la inspiracion y los celos de sus mismas obras. Esto fatiga al alma lanzándola á otro campo que le ofrece abundantes frutos materiales. Y sin embargo, no siempre son justas nuestras quejas, ni acertadas nuestras resoluciones. Nos oculta la verdad una cuestion de amor propio; que ésta y no otra causa suele ser el fundamento de tantas opiniones y de tantos desengaños. Ya que aspiremos á lo que está fuera del círculo de nuestro saber, ó á lo que se opone á nuestras inclinaciones y temperamento, ó á lo que no está madurado por un estudio asiduo, resulta casi siempre, que hemos pretendido realizar algo sin que, por lo extraordinario de las circunstancias ó por nuestra misma culpa, hayamos puesto los verdaderos medios de conseguirlo; es decir, no hemos amado juiciosamente; la imaginacion nos ha arrebatado en un instante de exaltacion de ánimo y hemos empleado mal las facultades del alma. Si por el contrario, nuestras aspiraciones están al nivel de nuestra constancia y merecimientos, debemos esperar y seguir amando: que el amor y la esperanza que alientan el trabajo, fuerzas divinas son que al fin conquistan un porvenir al hombre.

Sucede otras veces, que amamos, sí; pero con cierto miedo, sin seguir los impulsos de nuestra alma: tenemos terror al más allá, la eternidad nos asombra, y no nos atrevemos á levantar el velo que cubre un misterio; sabemos donde está la luz y lo que hemos de amar, pero ¿y si la luz nos deslumbra? Mejor es cerrar los ojos y dormir el sueño del perezoso; mejor es rebujarnos en nuestra desidia, y allá en un rincon de la tierra llorar apaciblemente la dulce negligencia de nuestro amor.

Mas hemos llegado á la frialdad: la frialdad es la antítesis del amor, y tambien la antítesis de todo sentimiento. La frialdad despues engendra el indiferentismo y la incredulidad: estas cualidades son correlativas; la una es consecuencia de la otra. Y convendréis conmigo en que los seres con estas condiciones nada útil han ejecutado para la humanidad. La frialdad, cenizas de un fuego apagado que apenas si entre sus rescoldos abriga un resto de vida, ahoga todo amor, mata toda actividad, y helando el corazon solo nos lleva á algunos actos de egoismo. Y ya lo sabeis: el egoismo cierra los ojos al porvenir y á la idealidad; los abre apenas para lo presente y para lo positivo. El amor de sí mismo, se dirá por algunos, es el principio de todo amor. Yo les concedo todavia más: sea este el único amor; pero aun en este caso ¿no es cierto que el amor se puede fijar en los estre-

chos límites de las sensaciones ó de un interés mezquino, ó bien puede uno amarse en lo bueno, en la verdad y en la belleza?

Concluyamos. Las artes no son más que el producto del amor y lo bello. La belleza que es el punto objetivo del arte, es tambien el aviso del cielo que llama al corazon; el alma se enciende en sus resplandores y desarrolla el amor, soplo de la actividad que siente, fuerza inmaterial que lanza el pensamiento en busca de las nuevas bellezas que se presienten y de una felicidad que no se agota. No solo calculando en las frias regiones de la razon, sinó amando es como se efectua el perfeccionamiento del arte; amando no decae nuestro espíritu, no se abate; espera, se inspira y crea; con amor, en fin, se quiere y se hace: se llega al verdadero fin artistico.

ENRIQUE PEREZ DE TUDELA.

CARTAS GANFAN.

De un antiguo manuscrito
En las descompuestas páginas,
Entre curiosos apuntes
Tropecé con estas cartas.

1.^a

« Tu ingratitud no me aflige,
Ni me admira, ni me agravia;
Por que con ella recibo
El favor de tu inconstancia.

Lo que gano con perderte
Lo conoces y lo callas,
Por que Dios, tu y yo sabemos
Lo que pierde el que te gana.

Salgo de tí, como sale
El pájaro de la jaula,
Y te doy al que te quiera
Como una moneda falsa.

Á Dios; el que olvida, vive;
Tú en tu casa y yo en mi casa,
Y se te vi no me acuerdo:
Amor con amor se paga. »

2.^a

« Tu carta no me sorprende,
Pues sabrás que la esperaba,
Por que ántes que la escribieras
La ví yo escrita en tu cara.

Lo que ganas con perderme
Te lo doy por lo que valga,
Mas, como caerás con otra,
No te arriendo la ganancia.

Por incostante me dejas
Y te lo agradece el alma,
Que estar sola es ménos malo
Que estar mal acompañada,

Á Dios, y al cielo le pides
Lo que más falta te haga,
Que mucho ha de darte el cielo,
Si te da lo que te falta. »

3.^a

« Ayer pasé y me miraste;
Yo no entiendo de miradas;
Si algo tienes que decirme,
Me lo dices de palabra.

Y por si acaso presumes
Que me vence tu arrogancia,
Sal esta noche á la huerta,
Yo estaré junto á la tapia. »

4.^a

« Te miré por que pasaste,
Y yo miro á los que pasan:
Tú tambien me mirarías
Pues viste que te miraba.

Y por que nunca presumas,
Que tu lengua me acobarda,
Saldré á la huerta esta noche
Á ver como corre el agua. »

5.^a

« Me dices que lloras mucho...
¿ Y con llorar qué adelantas?
Que lo que oculta tu lengua
Te se conozca en la cara.

Presumes que ya murmuran.
Bah — tus temores te engañan;
Y al fin cosas de mugeres.
¿ Qué quieres que yo le haga? »

6.^a

« ¡ Ah traidor ! — permita el cielo,
En castigo de tu infamia,
Que te suceda algun dia
Lo mismo que á mí me pasa.

Tuya fué la culpa, tuya,
Y sinó enjugas mis lágrimas,
Yo se lo diré á mi madre
Y salga por donde salga. »

—
Aquí el viejo manuscrito
En letra ménos borrada
Resume toda la historia
En la siguiente *postdata*:

Se casaron — ¡ qué remedio !
Era preciso casarla :
Las riñas de los amantes
Ya se sabe en lo que acaban.

JOSÉ SELGAS,

ESTUDIO SOBRE EL ESTADO

FILOSÓFICO-MORAL DE LA SOCIEDAD PRESENTE.

(Continuación.)

II.

Cuando los padres de la filosofía moderna se preguntaron á sí mismos cuál era la verdad, cuál el criterio de certidumbre, qué, era lo que existía, y Descartes contestára: *Yo, porque pienso*; y Kant: *La duda*; y Fichte: *El Yo*; y Schelling: *El Yo y el no-yo identificados*, sin que pudieran resolver ninguno de sus problemas, ni satisfacer ninguna de sus preguntas, en vano nos esforzaríamos nosotros en querer encontrar en la filosofía del siglo XIX, hija de tan célebres filósofos, el principio, el axioma en que deben basarse sus doctrinas, sus juicios, sus conclusiones todas. No podemos, pues, analizar el fundamento de ella para poder aceptarla ó combatirla; tenemos que penetrar en el caos en que se halla.

¿ Y qué descubriremos en ese caso?

Encontramos, la duda que ella engendra por la ninguna conformidad de sus afirmaciones con lo que el sentido íntimo, la historia y los hechos mismos nos demuestran constantemente. Y hallamos, que la filosofía que en el siglo XVI, al entrar en el primero de los cuatro periodos porque desde entonces atraviesa (1) dió su primer paso hácia este caos, se encuentra en la actualidad en el último de dichos periodos que es el de la *decepcion*; dando por resultado de su obra el escepticismo. Hallamos, por último, que hoy busca la filosofía el *aliquid inconcussum* que buscara Descartes, queriendo hallar la verdad absoluta, *el absoluto* alemán. Es decir: que despues de tres siglos no ha conseguido otra cosa que destruirlo todo para no poder edificar nada; que despues de tres siglos hoy, como ayer, se afana en buscar el principio de certidumbre.

Y sin embargo; Dios, el hombre y el mundo están, no en tela de juicio, no esperando el fallo de la razon individual que les haga ciertos para unos, mientras que para otros sean dudosos ó falsos, sinó conculcados, desconocidos, destruidos, en una palabra, por las afirmaciones y consecuencias de los que, carecen de un principio de donde estas puedan deducirse.

Estudiemos sinó muchas de ellas.

Preguntemos si Dios existe y oírmos en confusa algarabía multitud de voces que contestan cuáles concediéndole la existencia, cuáles negándosela.

Volvamos á preguntar; inquiramos de los primeros cómo comprenden á Dios y oírmos á unos que afirman que Dios coexiste con la materia, defendiendo el *dualismo*: otros dirán que Dios es el *Pantheo* y que constituye el universo: quienes asegurarán que es *el Yo humano*, cuáles que es una de las tres partes que componen el universo, á saber: lo *infinito*, lo *finito* y lo *indefinido*: estos negarán su potencia creadora, concediéndola solo en el acto de la creacion, reduciéndole, por lo tanto, á un quietismo de indiferen-

(1) Según el P. Ventura de Raülca, estos periodos son: 1.^o *reparacion*, que tuvo lugar en el siglo XVI. 2.^o *discusion*, en XVII. 3.^o *negacion*, en el XVIII y 4.^o *decepcion* en el presente; division que no hemos dudado en aceptar por lo exacta.

cia; aquellos le crearán hecho girones, por haber dado á cada uno de los hombres una parte de su esencia, y entre todos no faltará quien afirme que Dios es una concepcion del espíritu humano, cuya realidad no es posible negar ni afirmar auténticamente.

Esto es lo que la filosofía ha hecho del Dios autor, creador, conservador y regulador de todas las cosas: he aquí cómo nos presenta hoy al Ser á quien tiende el alma, porque de El ha recibido la existencia; al Ser á quien la inteligencia acata porque de El ha recibido la luz que la ilumina y á quien el corazón adora porque El le ha dado el sentimiento y el amor.

Más ¡qué será del hombre si á tal estado ha reducido la idea de Dios!

En efecto. Hoy como en los días de Epicuro se defiende y cree la innoble fábula de este filósofo griego. El hombre lejos de ser formado por la mano del Creador y de ser hecho á imagen y semejanza del mismo Dios que lo creara, tiene según esta filosofía, el origen de las plantas: ha nacido de las entrañas de la tierra.

Más, como no hay un principio, una hipótesis siquiera en la que exista conformidad, no falta quien asegure que el hombre no es otra cosa que una metamorfosis del irracional; la mariposa de un gusano.

Aun hay otros filósofos que sin ocuparse del origen del hombre, bien porque lo juzguen cosa baladí, bien porque les sea más conveniente, le examinan ya creado y le explican sin tener en cuenta que su existencia y cuanto le afecte ha de conformarse con su origen.

La diversidad de pareceres llega en este punto hasta lo inverosímil.

Al encontrarse con un ser social, inteligente y religioso, asientan unos que siendo en un principio el estado del hombre el salvaje, nada sabia; más tenía *instintos* y por ello y á impulsos del de lo *útil* inventó las matemáticas primeramente; después inventó las leyes y la sociedad civil en virtud de su instinto de lo *justo*: inventó en tercer lugar las bellas artes por su instinto de lo *bello*: que en cuarto lugar inventó la religion porque también tenía instinto *religioso*; inventando, en fin, la razon, el lenguaje y la filosofía en virtud de su instinto del *razonamiento*.

No así para otros. El hombre, en efecto era salvaje; pero no ha hecho nada por el instinto; todo ha sido por la necesidad, y como la primera fuese la de comunicarse con sus semejantes, inventó la palabra al reunirse con ellos en pequeñas sociedades y pueblos, después de haber sido agricultor y pastor.

Ambas explicaciones del estado actual del hombre, nada dicen de si este es un compuesto ó una sustancia; de si es espíritu y materia ó esto último solo; pero no es porque la filosofía escéptica de que nos ocupamos haya dejado en pié las verdades de la cristiana; lejos de esto, ha llegado hasta decir que no existe el alma ó, concediendo mucho, que es una secrecion del cerebro. (1)

De aquí los muchos y contradictorios sistemas que han creído explicar el origen de las ideas; de aquí el sensualismo y el sistema de las ideas innatas; el idealismo trascendental de Kant y Fichte, todos hoy, como entonces, seguidos por unos, combatidos y rechazados por otros, hasta el punto de confundirse é ignorar por consecuencia y resultado último lo que es el hombre, cuáles sean las leyes que imperan en él y

á las que su inteligencia y voluntad deben sujetarse y obedecer.

Si del hombre pasamos al mundo material, igualmente encontramos la confusion y la contradiccion.

Ora asentando la teoría de una materia infinita, con fuerza también infinita, ora asegurando la existencia eterna de una materia informe constituyendo cuerpo por la fuerza de atraccion de los átomos. Ya creyendo, como antes hemos dicho, en la coexistencia de Dios y del mundo, ya sentando que la vida y el espíritu son en él indefectibles y permanentes, la filosofía de nuestro siglo vaga del dualismo al pantheismo, del pantheismo al ateísmo.

Tales, tan diversas y tan absurdas son las teorías que la filosofía del siglo XIX heredará de la de los pasados á partir del XVI en el que se resucitarán las aberraciones todas de los filósofos paganos.

No nos hemos de asombrar, aunque lo lamentemos, de este estado de la filosofía; es natural, es lógico y responde perfectamente á las causas que lo produjéran.

Así como el mal solo engendra mal, y oscuridad las tinieblas, el desconocimiento de lo que la filosofía debe ser, destruye hasta el concepto mismo de filosofía.

Ella no debe ser más que *demostrativa* y se ha hecho *inquisitiva* hasta el mayor grado de exajeracion.

Y debe ser tan solo demostrativa, porque siendo el raciocinio su fundamento, no hay verdadero raciocinio desde el momento mismo en que este en vez de demostrar la relacion y la conformidad que existe entre lo desconocido y lo conocido, afirma lo dudoso, lo incierto, sin basarse ni referirse á nada incontrovertible.

La filosofía inquisitiva partiendo de la duda quiso encontrar el principio de certidumbre, el *aliquid inconcussum* dentro de la misma duda, y de aquí que, en vez de dar con el fundamento de sus investigaciones, aberró ó se extravió hasta el punto de no tener ninguno en cuanto pretendió explicar ó conocer.

Así no nos ha de extrañar que haya quien afirme que la filosofía no puede ser un sistema y que la verdadera filosofía consiste en saber cómo y por qué filosofamos; de cuántas maneras podemos filosofar y á qué va á parar toda especulacion filosófica, y esto cuando el mismo que así se expresa (1) sostiene que el filósofo está expuesto al error con omitir el más leve detalle: que goza de una comprension escasa, y no obtiene *frecuentemente* sino probabilidades en lugar de certidumbre, muriendo muchas veces en la duda, después de haber vivido en la afliccion del espíritu.

Más llega á tanto la division que entre los filósofos existe, que aun sobre el objeto de la filosofía hay quien asegura (2) que es la ciencia de la realidad, debiendo por lo tanto marchar solo por el camino de las ciencias naturales y buscar el objeto de sus investigaciones y conocimientos en la experiencia y solo en la experiencia.

Tal es el estado de la filosofía en nuestra sociedad. Decepcion en su origen y en sus tendencias.

¿Qué resultados podrá tener para las modernas sociedades? ¿Qué moral la que pueda subsistir con los principios que sostiene?

Estudiaremos la influencia que la filosofía impri-

(1) Así lo afirma Moleschott,

(1) Proudhon.

(2) Virchoso.

me en las costumbres, cual sea el fin que al hombre señala y veremos si el estado moral de la sociedad de nuestro siglo, responde al filosófico.

(Se continuará)

S. POESPER.

LA VIDA.

De la edad en los albores,
Cuando en el placer se sueña,
Y el alma goza risueña
Con aves, montes y flores;

—
Cuando deleita el vivir,
Porque vivir es gozar,
Y no se sabe pecar,
Y no se sabe sufrir;

—
Cuando corre la existencia
En una bendita calma
Sin pesares en el alma
Ni manchas en la conciencia;

—
En esa edad bendecida
Que ni un desengaño encierra,
¡Gran Dios qué hermosa es la tierra!
¡Gran Dios qué hermosa es la vida!

—
Cuando se empieza á querer
Y se empieza á ambicionar,
Y aunque se sabe gozar
Ya se sabe padecer;

—
Cuando nos arroja el hado
En otra nueva existencia,
Y se olvida la inocencia
Para aprender el pecado;

—
Cuando siente el corazón
El primer remordimiento,
Por que imprime el pensamiento
En la conciencia un borron;

—
En esa edad tan... florida
Que ya pesares encierra,
¡No es tan hermosa la Tierra!
¡No es tan hermosa la vida!

—
Cuando ante viles pasiones
Nuestra cerviz inclinamos,
Y del niño despreciamos
Las sencillas diversiones;

—
Cuando con loco desden
Miramos á lo eterno,
Y damos la frente al mal
Volviendo la espalda al bien;

—
Y el vicio, que crece y crece,
Del alma se enseñoera,
Y la cabeza blanquea,
Y la conciencia ennegrece;

—
En esa edad maldecida
Que tanto dolor encierra,
¡Ya no es hermosa la tierra!
¡Ya no es hermosa la vida!

AGUSTIN FERNANDO DE LA SERNA.

MI PRIMER AMOR.

(FRAGMENTOS DE MIS MEMORIAS.)

Fragmento Primero.

Corria el mes de Octubre de 1827 cuando las tropas rusas se presentaron ante los muros de la ciudad de Tauris capital del Aderbidjan, una de las provincias más fértiles de la Persia. Yo me encontraba en ella á la sazón, pues mis negocios mercantiles no habian dado en Buschir el resultado que esperaba y del Sur de Persia pasé al Norte á reponer mi quebrantada fortuna. Habitaba en la casa del rico mercader judío Nabal, situada en una de las calles más céntricas de la población y cercana al bazar donde tenia mis almacenes.

Al lado de la mía tenia su morada la bella Sarulh, la noble hija de Mehemet-Edim. Nabal me habia pintado con los más vivos colores la hermosura de esta jóven, pues habia tenido ocasiones de verla y admirarla cuando era niña, único tiempo en que las mujeres persas van descubiertas.

Mehemet se encontraba en esta época harto ocupado en las faenas guerreras y en los preparativos de defensa para atender como ántes á los cuidados de su casa y á la vigilancia de su hija. Yo habia podido contemplar más á menudo su talle esbelto, sus delicadas formas y sus tímidos movimientos cuando paseaba por la azotea, envuelta en un caftan que llevaba ceñido á la cintura por un precioso schal de cachemira. Mi corazón latia con violencia en estos instantes para mí de placer: la amaba aunque sin esperanza, pues además de otras razones, la diferencia de religion hacia nuestra union imposible, esto suponiendo que ella me amara, cosa que yo no tenia motivos de creer.

Una mañana se recibió en la ciudad á un parlamentario que nos enviaba el general ruso Pankra-tieff, jefe del ejército sitiador. Intimaba la rendicion inmediata de la plaza, amenazando, al no hacerlo así, el pasar á cuchillo á la guarnicion. Nuestro gobernador contestó que estaba resuelto á defenderse y que

los fosos de Tauris servirían de tumba al ejército ruso. Yo, pacífico comerciante armenio y poco conocedor de los persas, aunque hacía bastante tiempo que habitaba entre ellos, temblé por la suerte de dos hermanos míos, oficiales del ejército enemigo, al enterarme de tan altiva y temible contestación, creyéndolos ya enterrados bajo los muros de la ciudad.

Salí á mediodía á la azotea para observar los primeros movimientos de los sitiadores y ver sus campamentos, cosa enteramente nueva para mí. Estaba absorto contemplando con un buen anteojo las blancas tiendas circundadas de trincheras, los trabajos de los zapadores construyendo algunas baterías, y las evoluciones de algunas partidas, de caballería cosaca, que estaban á lo largo de la llanura tal vez en observación de los socorros que pudieran llegar á los sitiados, cuando un cañonazo disparado en la ciudadela de Alf-Schah me hizo volver la cabeza y quedé como petrificado del espectáculo que hirió mis ojos.

Se acababa de enarbolar la bandera del Schah y los muros estaban cubiertos de soldados: los infantes preparaban sus fusiles, los artilleros ponían en batería los cañones y encendían las mechas, gritos de guerra resonaron en las calles de la ciudad y en lontananza empezaron á oírse los clarines y tambores de los rusos: iba á empezar el ataque.

Preparábame á bajar de la azotea, cuando vi en la de mi vecino la bella figura de su hija, que se mostraba ante mis ojos con el rostro descubierta, cosa que no había sucedido hasta entonces. Mi corazón latió con más violencia que acostumbraba: no esperaba encontrar tal hermosura. Sus ojos negros, rasgados y coronados de largas cejas arqueadas, su boca de labios rojos «como la flor de los granados» según la frase de un célebre poeta persa (no recuerdo si Saadí ó Hafiz) nariz fina y una cabellera negra como el ébano y que daba más realce á su pálida tez, hacían muy débil el ideal que yo había formado, merced á los recuerdos de Nabal.

Su rostro se hallaba animado de un vivo entusiasmo: contemplaba con afán las maniobras de los defensores de Tauris y parecía querer identificarse con ellos, despreciando los peligros que pudieran correr. No había tenido tiempo de recobrar-me de la sorpresa que me causó, cuando se volvió hacia mí dejando ver en sus labios una dulce sonrisa y en sus ojos una mirada de estrañeza.

Sarulh se acercó al borde de su azotea que estaba separada de la mía por un estrecho callejón y me dijo con dulcísimo acento:

— Extranjero, parece que no quereis participar de los riesgos á que van á exponerse los valientes habitantes de esta ciudad ¿acaso los que en las murallas defienden sus hogares no amparan al mismo tiempo vuestros intereses?

— Señora, le contesté afectado por su dulce reconvencción, soy extranjero efectivamente en este país, me son desconocidas las maniobras militares y no ligándome lazo alguno para combatir al lado de los persas contra los rusos, he creído de mi deber ser expectador pasivo de los combates. Tengo además la convicción de que los rusos respetarán mis intereses, siquiera porque dos hermanos míos se encuentran entre sus filas.

Mi contestación pareció disgustar algún tanto á Sarulh y empecé á sentir haber pronunciado tan categóricas palabras. Aquella mujer estaba destinada á

hacer variar mis ideas de una manera radical.

— Sois ingrato, me dijo al cabo de una corta pausa, sois ingrato para con un pueblo que tan bien os ha recibido. Para combatir no se necesitan grandes conocimientos militares, basta saber manejar un fusil. Creéis que los rusos os respetarán y no sabéis lo que ofrece á la soldadesca una ciudad tomada por asalto después de una obstinada resistencia. Sin embargo, ya sé que no os liga lazo alguno con nosotros y por lo tanto no insisto en mis palabras.

Esto último lo dijo en voz algo más baja y con un acento indefinible que penetró hasta lo más recóndito de mi corazón.

— Sarulh, le dije, sin poder contener la emoción; existe un lazo entre el pueblo persa y yo que ha formado en mi corazón el amor y que me haría empuñar las armas en defensa de vuestra patria con un entusiasmo de que no me había creído capaz.

— ¿Amáis? me preguntó ella con timidez y se cubrieron de rubor sus mejillas.

— Amo; le contesté en el colmo de la exaltación, amo á una jóven, cuyo rostro es el retrato de la más bella hurí de que os habla vuestro profeta, á una jóven cuyo talle no envidia nada á la esbeltez de la palmera, cuya voz murmura en mi oído como la brisa al mecer los naranjos y limoneros de vuestros jardines; á una jóven que me haría creer en el Edem del Koram con solo fijar en mí sus miradas, con solo hacerme ver que correspondía á mi amor.

El rubor de Sarulh aumentó y parecía sostener una lucha interiormente. Yo esperaba ansioso contestación. La jóven persa alzó sus ojos con lentitud y fijándolos en mí con melancólica mirada, dijo:

— Si amáis, como decís, á estas horas debíais estar en las murallas, aun sin saber si erais amado, defendiendo al par que la patria de vuestra amada, su honor que tal vez no respetarán los rusos al vencer.

— Vais á juzgar de ese amor; la dije con decisión voy en seguida á alistarme como voluntario para la defensa; si triunfamos, vos veréis si debo ser correspondido; y si muero, acordaos alguna vez de quien tanto os ama, pues vos sois la que reináis en mi corazón, vos por quien voy á arrostrar unos peligros que nunca imaginára, vos por quien voy á combatir en contra de mis hermanos.

Y no pudiendo continuar cerca de ella, por si acaso desdeñaba mi amor, bajé con precipitación de la azotea y salí de mi casa para presentarme al primer jefe que encontrara y quedar alistado.

Á la media hora me encontraba en una de las plazas de Tauris, armado de un fusil, al que miraba con prevención, y de una bayoneta que me crispaba los nervios cada vez que la sacaba de la vaina para hacer el ejercicio necesario, á fin de instruirme en lo más indispensable para el uso de estas armas. Mi natural pacífico hacia que viera con horror estos instrumentos de muerte.

Sin embargo, el recuerdo de Sarulh sostenía mi resolución: la amaba con frenesí; su timidez, su candor, su belleza, dominaban por completo mi corazón y sus dulces reconvencciones resonaban continuamente en mis oídos, dándome un valor de que sin ellos careciera.

Pasé el día instruyéndome: los rusos no habían atacado; tan solo simulaban un combate, sin duda para tener una idea de las fuerzas con que contaba la plaza. Aquella noche fuimos acuartelados en una

gran casa habilitada al efecto.

A la mañana siguiente desperté sobresaltado un cañonazo, seguido de otros varios y de una infernal grita: aun no empezaba a apuntar el día, y la luna, caminando á su ocaso, iluminaba tenuemente el gran patio de nuestro cuartel: aun no habia tenido tiempo de levantarme, y ya estaban mis compañeros sobre las armas, esperando con ansiedad la llegada de los jefes que nos habian sido destinados.

Estaba entregado á la mayor inquietud, y ya pasaba por mi imaginacion la idea de desertar, cuando me dieron un golpe en el hombro, y al revolverme, me encontré admirado con dos mujeres envueltas en largos velos; una de ellas me dijo con acento breve — venid — y me llevaron á un extremo del patio que se hallaba solitario, pues mis compañeros habian salido de él para subir á las azoteas. Allí se levantó el velo la otra, y reconocí á Sarulh. Se encontraba presa de una violenta emocion, y la palidez de su rostro revelaba la noche agitada que debia haber pasado.

— Amigo mio, me dijo con tembloroso acento; ibais á marchar al combate con la incertidumbre de saber si sois amado; ibais á arrostrar la muerte, llevando un vacío en el corazón; mas puesto que yo soy la causa que os impele al combate, justo es que os diga lo que yo siento por vos. Os amo. En esas dos palabras os lo digo todo, pues no estamos en lugar ni sitio oportunos para más explicaciones. Combatid con valor: después del triunfo tendréis la recompensa; entre tanto, tomad.

Y me alargó su linda mano, que yo besé embriagado por la pasión: en aquel momento me sentia invencible, y ya iba á contestarle, cuando se precipitaron en el patio los soldados victoreando á los jefes, y Sarulh cubrió su rostro y se marchó con su compañera por la sombra que proyectaba el alto muro, no sin haber antes estrechado con efusion mi mano.

(Se continuará.)

C. B. R.

EN UN ALBUM.

Yo pedia un pensamiento
Igual á tu donosura
Para alabar tu hermosura
Á mi pobre entendimiento.

Me daban imagen fiel
El sol, de tus lindos ojos,
Y de tus labios tan rojos
El encendido clavel.

Por gracias tales colijo
De tus encantos la suma;
Pero al empuñar la pluma
La fria razon me dijo:

No le des toda la palma
De su cuerpo á la hermosura:
Alaba por ser más pura
La belleza de su alma.

E. S. P. DE M.

En la noche del 10 de Octubre tuvo lugar en el ATENEO la solemne sesion de apertura de las clases. El Sr. D. Bartolomé Ortiz, profesor de Religion y Moral, fué el encargado del discurso profesional, desarrollando el siguiente tema: « El Racionalismo es un absurdo en filosofía, y un error en Religion. » Examinó el origen del Racionalismo, las funestas consecuencias, que en su concepto producía, y presentó gran copia de argumentos en favor de la tesis que sustentaba. Leyóse por el Secretario D. Antonio Gayon la Memoria acostumbrada al empezar el curso académico, y en ella, después de un preámbulo relativo á la necesidad de la instruccion y el trabajo, se examinaba la situacion del Ateneo, presentando los datos que indican el movimiento que en él ha existido durante el año anterior. Segun ellos, el Ateneo cuenta con 210 socios; 300 inscritos á sus clases, y á más 20 pobres que asisten también á ellas con arreglo al artículo 88 del Reglamento. El número de periódicos que cambian actualmente con nuestra Revista es 140, sin contar los que han dejado de publicarse. Se conservan las mismas clases que antes existian, y cuya lista se publicó en el primer número de nuestro periódico, y en el personal solo hay algunas variaciones, por ausencias de los Profesores respectivos.

Para amenizar la sesion leyéronse igualmente varias poesias por los Sres. D. Eulogio Saavedra, D. Agustin Fernando de la Serna, y D. José Selgas, académico de la Española. Nada decimos de su mérito, porque publicadas en otro lugar de este número, nuestros lectores tendrán ocasion de apreciarlo en todo lo que vale.

Las Stas. D.^a Patrocinio Garcia de las Bayonas, D.^a Teresa Mazzuchelli, D.^a Cármen Canovas y D.^a Ramona Barberan formaron la delicia de la concurrencia, ejecutando en el piano agradables piezas musicales, y dejando oír su entonada y melodiosa voz las Stas. de Bayonas y Mazzuchelli, que cantaron con el gusto que les es propio, piezas de gran mérito artístico y difícil ejecución. Nunca podrá agradecer bastante la sociedad del Ateneo al bello sexo de nuestra ciudad el interés y entusiasmo con que procura dar realce á nuestras sesiones, siendo su presencia y su agrado la mejor corona de los que pelean en la liza literaria, como decia en su Memoria el Sr. Secretario. Desde las columnas de esta Revista les damos las gracias en nombre del Ateneo por las simpatias que les merece esta institucion, y les suplicamos continúen como hasta aquí realizando con su presencia nuestras reuniones.

Concluido el acto, el Director recomendó á los inscritos la asistencia á las clases, escitando á todos á que promuevan la afición al estudio, y declaró abierto el curso académico de 1872 á 73. Asistieron á dicho solemne sesion varias corporaciones de las que habian sido previamente invitadas, y una numerosa y escogida concurrencia, que llenaba completamente la sala de sesiones.

Tal fué la última reunion del Ateneo, y nosotros al reseñarla, damos las gracias á todos cuantos se interesan por el brillo y desarrollo de la sociedad, y pedimos á todos nos sigan prestando su apoyo material y moral, á fin de que los obstaculos, que acompañan siempre á toda obra grande y difícil, no superen los medios que reuna el esfuerzo de todos para sostenerla.

Imprenta de Romero y Alvarez, Caba 11,